

Durante la década de los años cincuenta, Ray Bradbury, reconocido escritor de ciencia ficción, causó sensación en el mundo literario al publicar una famosa novela intitulada *Fahrenheit 451*. A lo largo de sus páginas, Bradbury creó un mundo distópico donde los libros son mal vistos por una sociedad alienada y obsesionada con su destrucción; donde los bomberos, otrora sofocadores de devastadores incendios, son los encargados de extinguir al calor de las llamas toda la carga cultural que albergan aquellos textos en su interior. Poco a poco el fuego consume de manera inexorable los textos clásicos de la humanidad. De ahí el título de la obra, el cual hace alusión a los grados necesarios de calor para que el papel haga combustión.

Después de varias digresiones en torno a la cultura del impreso y de continuos intentos fallidos por proteger tan importantes testimonios culturales, interviene un grupo de personas que simbolizan la resistencia contra el sistema y el último remanente de esperanza de la humanidad; me refiero a los “hombres libro”, quienes ante la imposibilidad de lograr conservar cualquier tipo de documento sin arriesgar su seguridad, deciden memorizarlos íntegramente, perpetuando de este modo los conocimientos de épocas pretéritas, con el fin de legarlo a las futuras generaciones. Así, estos personajes recibieron el nombre de la obra o del autor que aprehendieron, perpetuando para la posteridad el *Eclesiastés*, *La República de Platón*, *Los viajes de Gulliver*, *El origen de las especies* de Darwin; a Byron, a Tom Paine, a Maquiavelo y un sinfín de escritores más. Lamentablemente la pérdida de testimonios manuscritos e impresos no ha sido solo el producto de la imaginación de famosos prosistas y novelistas, y la referencia anterior viene a colación para hacer hincapié en lo importante que es preservar a como dé lugar la memoria histórica de un país, de una ciudad, de un pueblo o de un barrio; pues en ella se finca el dialogo de entendimiento del presente con nuestro pasado.

Las antiguas sociedades que poblaron parte del territorio mesoamericano, tuvieron a mi parecer, sus propios “hombres libro”, personajes encargados de

custodiar y preservar el conocimiento que les había sido legado de generación en generación, tarea que realizaban por medio de un perfecto binomio que conjuntaba la tradición oral y las pictografías de sus códices; me refiero a los llamados entre los nahuas *tlahcuiloqueh* o *tlamatinimeh*, cuya representación se encuentra en códices como el *Telleriano Remensis* y el *Mendocino*. Dichas figuras de autoridad también formaron parte de otras culturas prehispánicas como la maya y la mixteca, aunque bajo los nombres de *ah dz' ib* y *tay huisi tacu*, es decir: “los que escriben pintando”. El fraile franciscano Bernardino de Sahagún nos proporciona en el *Libro de los Coloquios*, una idea cabal de lo significativos que eran los *tlamatinimeh* para los nahuas, quienes en su momento los describieron con las siguientes palabras:

*Auh in quitzicate, in quipouhticate, in quitlatlazticate in amoxtli, in tilli, in tlapalli, in tlacuiloli quitquitate. Ca iehoantin techitquitate, techiacana, techotlatoltia tehoantin quitecpana in iuh vetzi ce xivittl, in iuh otlatoca in tonalpoalli, auh in cecempoallapoalli quimocuitlauia, iehoantin ynteniz, incocol, y mamal in teutlatolli. Auh in tehoantin ca ça ye iyo totequiuh....*

[los que están mirando, los que cuentan, los que despliegan los libros, la tinta negra, la tinta roja, los que tienen a su cargo las pinturas. Ellos nos llevan, nos guían, dicen el camino. Los que ordenan cómo cae el año, cómo siguen su camino la cuenta de los destinos y los días, y cada una de las veintenas, de esto se ocupan, de ellos es el encargo, la encomienda, su carga: la palabra divina.<sup>1</sup>]

Como podemos observar, ellos eran los encargados de interpretar los topónimos, antropónimos, glifos calendáricos y demás trazos pictográficos plasmados en los *amoxtin* o *libros*; los cuales, al ser leídos, detonaban un considerable cúmulo de relatos míticos, acontecimientos históricos, conocimientos calendáricos, astronómicos; todos alojados en lo más recóndito de su memoria, y que tenían su fundamento en aquello que en náhuatl llamaban *huehueh nenotzaliztlatohlli*, es

---

<sup>1</sup> León-Portilla, Miguel, Los diálogos de 1524 según el texto de fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores indígenas, UNAM, México, 1986, p. 140 y 141.

decir “el antiguo relato de la palabra”<sup>2</sup>o como lo diríamos actualmente, en la tradición oral, cuya continua práctica resultó imprescindible a la postre, para conservar algunos fragmentos de las múltiples memorias y saberes de aquellas antiguas civilizaciones tras acontecer la inevitable conquista española.

Fue precisamente a raíz de este violento suceso que, ante el temor a lo desconocido, una buena cantidad de códices fueron destruidos, ocasionando una pérdida irreparable de la erudición mesoamericana. Afortunadamente, gracias a los pocos libros que sobrevivieron y a algunos de estos sabios personajes, se logró <sup>arón</sup> preservar numerosos aspectos del pasado de estos pueblos a través de textos conocidos como trasvases, es decir, textos manuscritos en lenguas indígenas que fueron realizados teniendo como base los códices originales y la interpretación que de ellos hicieron los *tlamatinimeh*, ayudados de la amplia tradición oral y el saber acumulado que conservaban en su memoria. Los más conocidos son *La historia de los mexicanos por sus pinturas*, *La leyenda de los soles*, el *Códice Vaticano A*, y el *Popol Vuh* para la región maya; todos fieles testimonios de la estrecha relación que existió entre la oralidad, la memoria y los libros de pinturas prehispánicos; cuya finalidad fue hacer una revitalización constante del pasado mítico o histórico de los pueblos mesoamericanos, pues de esa manera cobraba sentido su presente.

La conquista española despojó al indígena de sus tierras, de su religión, de su calendario, de sus libros y, con ello: de su historia. Sus grandes señoríos fueron desmantelados y nuevas instituciones se instalaron. Llegaron las encomiendas y al no consolidarse éstas, dieron lugar a las congregaciones y a las Repúblicas de Indios, dos grandes esfuerzos que la Corona española implementó con la finalidad de occidentalizar a los nativos y hacerlos vivir en policía y conforme a sus leyes. A la par, la Iglesia católica tuvo la tarea de guiar a esas “almas descarriadas” por el camino de un verdadero dios y salvador que resultaba totalmente ajeno a los conquistados, obligándolos a abandonar de a poco su antigua tradición. Incluso, la

---

<sup>2</sup> León-Portilla, Miguel, “El binomio oralidad y códices en Mesoamérica”, en *Estudios de cultura náhuatl*, UNAM, México, .... de p. 137

existen numerosos pueblos indígenas que aún conservan celosamente buena parte de su memoria escrita, sobre todo en sus archivos de bienes comunales, de fiscalías, fondos parroquiales o cofradías; e incluso, pueden hallarse en la casa de las autoridades o bien, en la de alguna familia importante del lugar.

Lamentablemente en muchas ocasiones las condiciones de resguardo no son las idóneas, pues la humedad, el excesivo calor, las plagas y, en general, el desconocimiento sobre su correcto tratamiento, propician la pérdida de tan valioso patrimonio documental. Considero que la labor del investigador no debe limitarse al estudio de los archivos, sino que en la medida de sus posibilidades tiene que contribuir al rescate, estabilización y conservación de los mismos. Es cierto que existen organizaciones no gubernamentales que cuentan con personal capacitado y con los recursos necesarios para llevar a cabo este tipo de tareas, sin embargo, en algunas ocasiones la exhaustiva distancia a recorrer y lo difícil de los accesos, la desconfianza de las autoridades o del pueblo en general; impiden que este tipo de apoyos lleguen a su destino.

Es aquí donde la iniciativa personal, la buena voluntad y el trabajo constante con aquellas comunidades abren la posibilidad de acercarse a sus documentos y contribuir así con su salvamento y estudio. En ese sentido, he tenido la fortuna de realizar algunas de las actividades mencionadas en pueblos como: San Miguel Huejotzingo, Santo Tomás Ajusco, San Lucas Xoloc y San Miguel Chiepetlan. Como el tiempo apremia, únicamente subrayaré que he llevado a cabo junto con algunos compañeros, labores de limpieza y estabilización, elaborado guardas de primero y segundo nivel, toma fotográfica, transcripciones paleográficas, análisis de documentos pictográficos que han permitido difundir por medio de libros y conferencias el contenido de dichos acervos comunitarios.

Para finalizar, me gustaría hacer una reflexión. El trabajo en esta materia supera con mucho la voluntad personal, la labor por hacer es enorme y los gobiernos actuales no pueden permanecer absortos ante la destrucción de los archivos de nuestros pueblos indígenas o de cualquier otra minoría étnica o

religiosa del mundo; pues al hacerlo, se convertirían en los bomberos que Bradbury imaginó hace más de sesenta años. En cambio, deben convertirse en la vanguardia que promueva su rescate, su digitalización y catalogación, ya que al hacerlo estarán salvaguardando una parte esencial de la memoria que nos sustenta como humanidad. Lo mismo debe pasar con la tradición oral, se necesita fomentar los archivos de la palabra que nos permitan rescatar mediante grabaciones y sus consecuentes transcripciones, los antiguos relatos que los ancianos de nuestros pueblos indígenas aún conservan en su recuerdo; pues no debemos olvidar las palabras que el sabio poeta y escritor africano Amadou Hampâté Bâ alguna vez pronunció: “cuando un anciano se muere es como si una biblioteca se quemara.”